

# LA MUÑECA DE CHALA DE CINTIA

Por *Ethelwyn Culver*

MISY era una muñeca de chala. Perteneecía a Cintia Minter, una niñita que vivía en una granja, cerca del río Misisipi. Y Misisipí llamó Cintia a su muñeca, nombre que más tarde se acortó a Misy. Cintia pensaba que Misy era hermosa. Era la primera y única muñeca que Cintia habla tenido en su vida. La quería mucho y la llevaba a todas partes donde iba.

Misy estaba hecha de tusas y zuros de maíz, que son las mazorcas del maíz, desgranadas. El cuerpo de Misy era una tusa grande y dos más cortas formaban las piernas. Otras dos tusas le servían de brazos. La cabeza la tenía rellena de algodón en rama que toda vía tenía la semilla, y lo mismo

ocurría con el cuerpo. El algodón estaba entre la tusa y la chala que se le había cosido alrededor. La chala son las hojas que envuelven la mazorca del maíz. Se le había pintado una cara. El pelo estaba hecho con las hebras sedosas que envuelven la mazorca, o barbas de chocío, como las llaman en algunos países. La mamá de Cintia le había hecho a Misy un vestido de chala y también un sombrero que tenía las alas enroscadas hacia arriba, y adornadas con siemprevivas. Cintia coloreó luego el vestido de su muñeca con jugo de remolacha y de ciertas bayas.



A Cintia le gustaba hacer adornos para Misy. Casi todos estaban hechos de semillas. Le hizo un cinturón de semillas de maíz que enhebró con una aguja y un hilo. A veces le hacía collares largos de semillas de melón, de calabaza, de pepino y de otras verduras. Otras veces usaban distintas clases de frijoles y guisantes antes de que terminaran de secarse. A menudo teñía esas semillas con jugos de bayas, de remolacha o de espinaca y así les daba diversos colores.

Una primavera el río Misisipí creció mucho. Cerca de donde Cintia vivía el río entraba en un gran dique rodeado por altos terraplenes. Pero un día el agua hizo tanta fuerza que rompió el dique y llegó hasta la casa de Cintia. Por todas partes flotaban árboles que habían sido arrancados de raíz, y animales muertos. Personas bondadosas de la Cruz Roja llegaron en botes para sacar a Cintia y a su familia de esa zona de peligro.

-No pueden llevar muchas cosas con Uds. -les advirtió una de las damas de la Cruz Roja-. Necesitamos el lugar para llevar también a otras personas.

Cintia no dijo nada, pero apretó muy fuerte a su muñeca. Por fin se echó a llorar.

-Yo quiero a Misy.

-Muy bien, lleva tu muñeca -le permitió bondadosamente uno de los hombres de la Cruz Roja-. Tu muñeca no ocupará mucho lugar.

De modo que Cintia llevó consigo a Misy. Además, tomó varias de las ristras de semillas que le había hecho y se las colocó alrededor de su propia cintura y también de la cintura de Misy.

La familia Minter fue llevada por la Cruz Roja a un gran campamento donde estaban todos los refugiados de la zona anegada. Abía allí ocho mil personas, y los obreros de la Cruz Roja procuraban proveer a todos de comida, frazadas, catres y ropas secas para los que las necesitaban.

Cintia no se separaba de Misy ni por un momento, y cuando otros chicos se burlaban de su muñeca, a

Cintia le dolía bastante.

-No es fea como Uds. dicen -la defendía.

Nunca antes había estado Cintia en un lugar donde hubiera tantos niños. Tenían allí juegos para ellos y también había personas que les contaban historias. Había también muchos libros para colorear. Cintia se sentía feliz con la vida del campamento.

Por fin las aguas del río bajaron, y la familia Minter, y las demás familias, volvieron a sus hogares. La gente sacó el lodo que había inundado sus casas, y procuró limpiar y arreglar todo lo que había adentro.

Eso ocurría a fines de primavera y era casi demasiado tarde para pensar en sembrar las huertas. El papá de Cintia recorrió sus campos.

-El agua nos arrastró la semilla. Y lo que el agua no llevó, se pudrió en la tierra. Y ahora casi pasó la estación de sembrar, pero si tuviera algunas semillas, de cualquier manera las plantaría. El clima está muy bueno para sembrar.

-Tal vez Misy te dará algunas -le dijo Cintia-. Si quieres, puedes tener también todas las mías.

El padre miró extrañado a su hijita.

-Cintia, dije "semillas", para la huerta.

Cintia sonrió.

-Sí, yo sé. Mis cinturones y los de Misy están hechos de semillas, algunas coloreadas de color rojo, otras de color azul, con jugo de remolacha y de bayas. Esas semillas pueden nacer.

Y Cintia le mostró las ristras de semillas que había enhebrado para hacer sus adornos. El padre las miró sorprendido.

,Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! ¿Las tenias todo el tiempo en el campamento de la Cruz Roja?

-Sí. Una de las enfermeras quiso tirarlas. "Toda esa basura" como las llamó; pero no permití que lo hiciera. Yo lloré y ella me las dejó. A Misy le gustan sus adornos, pero estoy segura de que a ella no le importará si tú las quieres para sembrarlas. Cuando llegue el Otoño puedo hacerle nuevos adornos.

-Gracias, Cintia -dijo el papá, sonriente.

Sin separarse de Misy, Cintia acompañó a su padre mientras éste plantaba las semillas. Unas semanas más tarde comenzaron a aparecer las plantas de maíz. Algunas de las semillas no nacieron, pero muchas otras sí. Y así tuvieron plantas de maíz, de calabaza, de pepinos, melones y largas hileras de frijoles, todos los cuales provenían de los adornos que Cintia había hecho para ella y para su muñeca. También sacaron las semillas de algodón que Misy tenía en la cabeza, y las sembraron.

Ese otoño, el papá de Cintia le compró una hermosa muñeca en el pueblo y se la regaló, pero ninguna otra muñeca, por bonita que fuera, le pareció tan hermosa a la familia Minter como Misy, la muñeca de tusa, gastada y viejita.

Cintia volvió a fabricar cinturones y cadenas para ella y para Misy, y los colgó en hileras en los ganchitos de su casita de jugar.

-Misy, uno nunca sabe cuándo puede venir otra inundación -le habló a su muñeca de tusa, mirando el río que pasaba cerca de su casa-. ¡Uno nunca sabe!